

mas nótese que en tales circunstancias, no es lo mismo hablar en nombre de otro, que por sí mismo. Tales palabras, pronunciadas por una persona extraña en favor del acusado, no hubieran hecho la misma impresion. Entonces hubieran parecido frias é insulsas.—Respondamos, para concluir, á una observacion que no pocos hacen contra la elocuencia. Su historia, nos dicen, está identificada con la de los grandes crímenes. Solo en épocas de revueltas, de excesos, de agitacion y de sangre, han aparecido los grandes oradores. Esto es, señores, tomar el efecto por la causa. No ha habido conmociones y males, porque haya habido oradores. Ha habido, sí, oradores, porque les han precedido aquellas circunstancias, y por ellas y por su influjo se ha desarrollado el talento de la palabra, para vindicar los derechos de los pueblos, amenazados ó escarnecidos, ó para defender los fueros de la razon y de la justicia, atropellados indignamente. No ha producido la elocuencia el mal; ha sido, sí, su remedio.

En otra leccion presentaremos la historia de la elocuencia, y trataremos de las cualidades del orador.

Gorgias.
Droz.



UNIVERSIDAD DE...
BIBLIOTECA Y LABORATORIO

Ya habian sobresalido como oradores, Pisistrato, Alcibiades y otros; pero todavía no se conocia una escuela que enseñase este arte de encarnar y de poder. Antes que me el primero que instalo una enseñanza de elocuencia en la forma de una escuela admirable, Pericles, Demostenes y Demades, que por su labia conservó siempre vivo su ascendiente sobre el pueblo mas vario y mas inconstante del mundo. Pericles, quien se decía que era el bache de los discursos mas acerbados. Demades, á quien todo el pueblo de Grecia toda ella escuchado, pendiente de su palabra por contar como un cuento. Demostenes, á quien se le atribuyó el espíritu y el arte de Plutarco y de sus legiones y que se le atribuyó la verdadera elocuencia vigorosa y enérgica. Respecto de los retóricos y los declamadores que la han dado origen y sustituido.

LECCION II.

Historia de la elocuencia.—Cualidades y estudios del orador.—Madrid, 23 de Febrero de 1848.

La elocuencia, señores, es hija de la poesía. Aun no habia oradores, cuando ya el divino Homero habia cantado su Iliada inmortal. Pero si bien es cierto que la poesía engendró á la elocuencia, no lo es menos que esta procuró bien pronto conquistar, y conquistó en efecto, su imperio aparte.

Protegida y fecundada por la libertad, apareció en Atenas. Aquel debia ser su mejor teatro; porque la elocuencia, principalmente la política, solo puede desarrollarse con todas sus ventajas, en los estados democráticos, en que la discusion está siempre viva y animada, y en que el talento de la palabra es á la vez el camino y el instrumento de engrandecimiento y de gloria.

Ya habian sobresalido como oradores, Pisistrato, Alcibiades y otros; pero todavía no se conocia una escuela que enseñase este arte de encantos y de poder. Gorgias fué el primero que instaló una enseñanza de él, y lo poseyeron de una manera admirable, Pericles, Focion, Demades y Demóstenes. Pericles, que por su facundia conservó siempre vivo su ascendiente sobre el pueblo mas vario y mas inconstante del mundo: Focion, de quien se decia que era el hacha de los discursos mas acabados: Demades, á quien todo el pueblo de Grecia rodeaba extasiado, pendiente de su palabra que corria como un torrente: Demóstenes, por último, que era el espanto y terror de Filipo y de sus legiones, y que resucitó la verdadera elocuencia vigorosa y enérgica, á despecho de los retóricos y los declamadores que la habian desvirtuado y prostituido.

Mas de la observacion de que la elocuencia ha nacido de la poesía, se infiere una reflexion importante, á saber: que en la poesía es donde principalmente debe estudiarse la elocuencia. Con efecto, en aquella es donde mejor se encuentra la grand-elocuencia, el vigor de los pensamientos, la propiedad de las imágenes, la fuente del entusiasmo, los vuelos de la imaginacion, y el modo de seguirla en todas sus ondulaciones y giros. El apólogo nos presenta el modelo de la sencillez y brevedad; la poesía bucólica el de la dulzura y de la armonía; la poesía dramática nos enseña la senda del corazon y el secreto de interesarlo y conmoverlo; la poesía lírica es el gérmen de la inspiracion, y la épica es el cuadro de la elevacion y magnificencia de las ideas y de los afectos. Recorriendo en esta arpa misteriosa todos los tonos, desde el mas grave hasta el mas agudo, en tanto descansa y reposa el alma gozando á la vista

de perspectivas encantadoras, en tanto suspira conmovida cuando el orador vibra un sonido melancólico y lastimero, en tanto se exalta y arrebatada, cuando la palabra es la voz del huracán y el rayo de las venganzas.

Mas ¿cuál es el carácter de la elocuencia griega? De notar es, ante todo, que la filosofía que parecia abrazarla, no era en realidad sino una viva y continua protesta contra ella. La reforma intentada por los filósofos, no podia menos de mirar como enemiga la dominacion ejercida por los oradores. En cuanto al carácter de aquella elocuencia, todos sabemos que el espíritu de los griegos era esencialmente dialéctico y sutil, y por consiguiente, su elocuencia era la elegancia, el gusto, el refinamiento, acompañados de la fuerza y energía. Nada habia tan delicado como el oído del auditorio de Atenas. Ningun orador se hubiera permitido usar una palabra dura ó inusitada; y el mas grande de todos ellos se excusó una vez por haber faltado á lo que se llamaba la elegancia antigua, diciendo que la suerte de toda la Grecia no podia depender de un giro oratorio. Pericles (1), segun nos dice Plutarco, no iba jamas á la plaza pública, sin haber hecho reiteradas oraciones á los dioses, en que les pedia la gracia de no decir ni una sola palabra que no fuera conveniente: y Focion permanecia largo rato silencioso al pié de la tribuna, pensando el modo de expresar sus ideas con menos palabras, para no exponerse al riesgo de cometer alguna falta, y para que su discurso fuese mas vigoroso y mas vehemente. He aquí el carácter de aquella elocuencia: la correccion, la fuerza y la energía.

De Grecia vino la elocuencia á Roma. Su constitucion política, su senado, su foro, todo contribuia grande-

(1) Villemain.

mente á su desarrollo. La palabra fué bien pronto en Roma un arma tan poderosa y temible como la espada: y cuando aquel pueblo, señor del mundo, saciado de conquistas, cerró el templo de la guerra, concedió á la elocuencia tantos laureles, tantas palmas y tantos honores, como antes habia concedido á las victorias (1). La elocuencia en Roma tenia, ademas, mas vasto teatro, pues en Grecia puede decirse que estaba solo reducida á los muros de Atenas. ¿Mas cuál es el carácter de la elocuencia romana? La pompa, la magestad y la armonía, como puede verse en Ciceron. Podemos, pues, comparar la elocuencia latina á un doncel delicado y hermoso, que se atavía con todas sus galas para asistir á un festin en que se propone agradar, y á la elocuencia griega al formidable atleta que se presenta á luchar desnudo, para que sus movimientos sean mas libres, y sus golpes mas certeros y contundentes.

Pero la elocuencia política acabó en Roma en tiempo de los emperadores. La elocuencia que desde entonces se conoció, fué una elocuencia de lisonja y servidumbre, que abria la puerta al engrandecimiento y la fortuna: *Lucrosam et sanguinolentam elocuentiam*, que dice Tácito. No era ya la espada aterradora que defendia los derechos del pueblo: era el incienso que se derramaba al rededor del poder; y aquella elocuencia á que yo no daré este nombre, porque solo lo merece la que tiene por base la independenciam, y la virtud por inspiracion, no podia producir nada que fuese grande y duradero.

Vengamos á la tercera época de la elocuencia, que es la del cristianismo. Desde las montañas de Judea habia venido la elocuencia á Roma, á prolongar la lamentable agonía del imperio. Los hombres que no tenian

(1) Gorgias.

ni patria ni derechos políticos que defender, dirigieron todos sus pensamientos al cielo; y su elocuencia era grande, poderosa, inmensa, porque su inspiracion era divina. Los Crisóstomos, los Agustinos, Jesuista mismo, no eran oradores preparados; pero tenian fè, tenian conviccion, tenian caridad, y su palabra cundia y arrebatava: *Currit verbum*, dice San Pablo. Y corria velozmente, porque tenia uncion. He aquí el carácter de la elocuencia del cristianismo. Su alma era la tristeza y la abnegacion, como la de la filosofía alejandrina, mas así heria los corazones y les llevaba hasta el entusiasmo (1).

La Italia de la edad media, si bien tan favorable á la poesía, nada produjo grande y digno respecto á la elocuencia. El senado de Venecia discutia en el misterio, y en Florencia eran tan frecuentes y rápidas las proscripciones, que muchas veces los oradores no tenian tiempo ni aun para concluir sus arengas. Aquella Italia carcomida y degenerada, no conocia, ni podia conocer entonces, la elocuencia política, á pesar de tener tantas instituciones democráticas.

Para encontrar esta elocuencia, fuerza es cruzar por medio de los tiempos, y venir á Inglaterra en el de su revolucion. Para hacer una calificacion acertada, necesario es saber que entonces habia tres escuelas diferentes, á que correspondian tres diversos tipos de oradores. Una era la escuela de la elocuencia de la corte, ingeniosa, elegante, de que ha participado algun tanto Shakspeare, y de lo cual nos ha hecho una ingeniosa parodia Sir Walter Scott en uno de sus romances: otra, la de la antigua filosofía, estraña, ó por mejor decir, enemiga de las ideas de la época: otra, la elocuencia de la reforma

(1) Gorgias.

que bullia por todas partes, aunque todavía ruda é imperfecta (1).

Puede decirse con verdad, que la revolucion inglesa no produjo mas que dos grandes oradores, Stramffort y Cromwel. El primero, ese grande hombre, en medio de sus defectos, ese hombre á quien se inmoló, porque se creyó que la justicia debia sacrificarse á la conveniencia; ese hombre, que para hacer mas acerba su desgracia, tuvo que pasar por desgarradores desengaños, y ver la debilidad y la ingratitud de Cárlos I; ese hombre, digo, pronunció un magnífico discurso en su defensa, que sostuvo con el mayor valor contra trece acusadores distintos, por espacio de diez y siete dias. Su final es sublime y tierno á la vez. “En cuanto á mí, pobre criatura, (dijo, y se echó á llorar), no tomaria tanto trabajo en mi defensa para salvar un cuerpo que ya solo es ruinas, y que está cargado de tantos males, que en verdad poco placer puedo encontrar en sostener este peso por mas tiempo.” Se detuvo y despues continuó: “Me parece que me quedaba algo que decir; pero mis fuerzas y mi voz desfallecen. Pongo humildemente mi suerte en vuestras manos. Cualquiera que sea vuestro fallo, bien me dé la muerte ó la vida, yo le acepto anticipadamente con libertad, y diré: *Te deum laudamus.*”

Estas palabras son muy parecidas á las que pronunció Sócrates al oír la sentencia de su muerte; con la diferencia de que el filósofo de la antigüedad desdeñó una defensa que miraba como inútil, y el hombre político de los tiempos modernos la esforzó con una valentía inimitable, si bien mostrando para el porvenir una resignacion altamente filosófica ó profundamente cristiana.

(1) Villemain.

Cromwel era el intérprete y el dios de la elocuencia puritana. Mas al hablar del puritanismo, entiéndase, señores, que hablo de aquel puritanismo de virtud, puritanismo de desprendimiento, puritanismo de martirio; pues si bien es cierto que el pueblo acogia con entusiasmo á los puritanos, tambien lo es que el gobierno los perseguia, hasta el punto de hacerles cortar las orejas. No hablo del puritanismo de nuestros dias, transaccion oficiosa é imposible entre sistemas que se excluyen, escuela flaca y débil en su base, efímera en su duracion, y dudosa, al menos, en su verdadero objeto y en sus aspiraciones. De la elocuencia de Cromwel, vigorosa aunque ruda, hace Voltaire un magnífico elogio, y concluye diciendo: “Un movimiento de aquella mano, que habia ganado tantas batallas y dado muerte á tantos realistas, producía mas efecto, que todos los periodos de Ciceron.”

Esta elocuencia se poseyó con mas brillo y con mas ventajas por el célebre Pitt, y por el opulento Fox, que nombrado para el parlamento á la edad de 19 años, supo emanciparse, é hizo oír varias veces su voz en defensa de las leyes y de los católicos.

Faltaba el cuadro más grande de la elocuencia moderna, y lo presentó la revolucion francesa; ese acontecimiento, que con la reforma de Lutero, ha compartido la admiracion del mundo. Pero yo preguntaré: ¿cuál era el carácter de esta elocuencia? ¿Se parecia á la inglesa, hija de sus tradiciones y de sus antiguos recuerdos? ¿Se parecia á la de Polonia, formada entre las agitaciones de una anarquía guerrera? ¿Se parecia á la de Grecia y Roma, que era el retrato de las costumbres de aquellos pueblos? No: tenia un carácter nuevo, de-

bido á su origen literario y filosófico. Era el desarrollo y desenvolvimiento de un gran pueblo, que ébrio de entusiasmo, marchaba, armado de la palabra y de la espada, á conquistar sus derechos. Esta elocuencia, nueva en su género, era mas grande, mas atrevida, mas sistemática, que las demas elocuencias conocidas hasta entonces. Mirabeau, Vergniaud, Barnabe, Danton, Camilo Desmoulins, Robespierre y otros, hicieron conocer hasta dónde alcanzaban los tiros y la fuerza de aquella palabra, inflamada por la inspiracion del interés comun, y por el peligro de la patria.

Nosotros tenemos tambien nuestra elocuencia política moderna, desde que se abrieron nuestras asambleas en medio del fragor de las armas, en la guerra de la independencia; y los nombres de los Argüelles, de los Galianos, de los Olózagas, de los Cortinas, de los Martinez de la Rosa y de otros, son el honor y el lustre de nuestro pais. Pero una observacion antes de concluir: ¿nuestra actual elocuencia puede tener el vigor y la fuerza, los vuelos atrevidos que la de los antiguos? No, de ningun modo: nuestra elocuencia no puede ser tan vigorosa, ni remontarse á aquella altura, porque nuestras ideas y nuestras instituciones están basadas sobre el cálculo frio, sobre la razon y la conveniencia, y no sobre el entusiasmo. Anticipadas estas ligeras observaciones sobre la historia de la elocuencia, hablemos ahora de las cualidades del orador.

De estas, unas se deben á la naturaleza, y otras se adquieren con el trabajo y el estudio. De las primeras, unas tocan al corazon y otras al espíritu.

Hay algunas que son absolutamente necesarias, y cuya falta no puede suplirse de ningun modo. Podremos aprender á hacer una estatua; pero no alcanzarán nun-

ca nuestros esfuerzos á darle palabra y sentimiento (1).

Una de las cualidades mas precisas al orador, es un carácter grande y elevado, superior á todos los obstáculos y á todos los peligros. La carrera de la tribuna es peligrosa y resbaladiza, porque frecuentemente se ponen en juego contra la conciencia, los dos resortes mas poderosos del corazon humano: el temor y la esperanza. Es necesario, pues, que el orador que tiene una mision sublime sobre la tierra, abrazado con sus convicciones y con sus deberes, desprecie igualmente las amenazas que los halagos; que en cualquier circunstancia de su vida pública, repita, obrando en conformidad, aquel verso antiguo:

Fiat justitia, et ruat calum.

El que no tenga este valor, esta intrepidez, podrá ser orador brillante, en dias y en discusiones serenas y bonancibles, pero desaparecerá en la hora del peligro; al paso que el hombre de carácter elevado é inaccesible al temor, brillará en esa hora mas que nunca, y orlará sus sienes con la corona mas envidiable, por lo mismo que habrá sido mas costosa.

Necesita tambien el orador estar dotado de suma sensibilidad.

Sin esta flexibilidad y enternecimiento de corazon, no podrá experimentar nunca vivas y profundas emociones; no podrá identificarse con el hombre ó el pueblo cuya causa defiende; no podrá experimentar el hálito de la inspiracion, ni remontarse en alas del entusiasmo y del genio, ni sentir esa corriente eléctrica que lleva á la profundidad misteriosa de las ideas, y á la valentía de las imágenes.

(1) Droz.

(1) El orador debe tener tambien reputacion de virtuoso, porque si se le conocen vicios degradantes, que prueban un ánimo mezquino ó venal, se le escucha con prevenicion, y salen ya de su boca desautorizadas las palabras. No quiero decir con esto, que el orador no haya de tener ningun defecto; porque esa perfeccion soñada y quimérica no es, por desgracia, el patrimonio de la mísera humanidad. Quiero decir, que debe estar recomendado por su virtud política, aunque tenga otras faltas que sean excusables, y que acaso favorezcan sus disposiciones oratorias. Tales son las que nacen de la misma sensibilidad; esas pasiones ciegas, volcánicas, pero elevadas y nobles, que parten del corazon, y en él tienen su santuario; que remontan las almas sobre la esfera de los goces groseros y de las pasiones sensuales; que hacen de la vida un paraíso, y dejan probar en la tierra la felicidad de los ángeles. El orador á quien se acuse de estas faltas, podrá decir con Horacio, en la traduccion de Burgos:

Esto de todo vergonzoso exceso

Mantuvo siempre limpia mi conciencia:

Y si tengo otras faltas que confieso,

Dignas son de indulgencia.

En cuanto á las cualidades del espíritu, la principal en el orador, es el genio. Ya hemos dicho otra vez, que el que no lo tenga, es inútil que se afane, porque no podrá escribir jamas en su carrera una página inmortal. Mirabeau decia á Barnabe, que tenia el talento de la palabra, pero no genio: "en tí no hay nada de divino." Si; porque el genio es el gérmen de la creacion oratoria, es la semilla fecunda, es el destello de la Divinidad que cae en la cabeza del hombre para desarrollarse en ella,

y vestir sus concepciones sublimes y pasmosas con el lenguaje de los mismos dioses.

Necesita tambien el orador tener una buena memoria, no solo para recordar todo lo que ha leído, sino, principalmente en la improvisacion, para tener presente todo lo que ha dicho el contrario, para dominar su discurso, como se domina un valle desde una altura; para dar á las observaciones opuestas el órden y claridad que les falte, y poder refutarlas con mas facilidad y éxito.

Se necesita tambien tener buena figura, y una voz sonora y agradable, aunque esto depende solo de la naturaleza.

Mas no importa que no se posea este conjunto de cualidades, ni por eso se debe nunca desmayar. El orador no es como el poeta, en que no cabe medianía. En la elocuencia puede quedarse decentemente á cierta distancia del término.

Pero yo preguntaré, antes de concluir sobre esta materia: ¿es una fortuna ó una desgracia el triste privilegio de reunir las cualidades que hemos enumerado, y que necesita el orador? ¿Es una fortuna ó una desgracia tener ese carácter elevado, esa sensibilidad, y sobre todo, ese genio? No lo preguntemos á los hombres que viven en medio del mundo, devorados por la ambicion é infatuados con la grandeza. Preguntémoslo á esos mismos genios, tan superiores á esas pequeñeces y á esas miserias. Ellos nos dirán que su corazon es á un tiempo un volcán y un abismo; que marchan tristemente por el camino de la vida, sin encontrar al paso otro corazón que los consuele, porque por lo comun no encuentran ninguno que los comprenda; que se les puede aplicar aquellos versos de la Avellaneda, en su sentida plegaria á la Vírgen.

Van por innotos caminos,
Peregrinos,
Solitarios y sin nombres;
No los conocen los hombres,
Ni comprenden sus destinos.

Tal es, por desgracia, la suerte de los hombres privilegiados. Se me dirá tal vez, que les compensa la gloria, el rango y el poder que con ella suelen adquirir. Yo contestaré con Chateaubriand, que se necesita muy poco para pasar la vida, y que sobre todo, debiendo ser esta de tan corta duracion, es muy indiferente haber ensordecido los valles con el estampido de un cañon, ó haber encantado los bosques con los suspiros de una flauta.

Pero dejemos este punto, que evoca tristes reflexiones y dolorosos recuerdos; y digamos dos palabras acerca de los estudios que debe hacer el orador.

El orador debe tener extensos conocimientos, porque no se llena su vacío con las frases ó palabras, ni con ellas se fija y resuelve una discusion. Muchos visten su ignorancia con un aparato científico, ó con un barniz prestado de filosofía; mas estos no serán nunca oradores. Todas las ciencias agrandan sin duda el dominio de las ideas; pero hay unas para el orador, que son absolutamente necesarias, en tanto que otras son solo auxiliares.

Lo primero que debe hacer el orador, es un estudio profundo del hombre, de sus pasiones, y de los resortes que mueven su corazon. Este conocimiento se adquiere con la observacion y con la experiencia; pero esta es, por lo comun, amarga y costosa. Debe el orador conocer todas las constituciones y legislaciones de los demas paises, y especialmente del suyo, y la historia: Gordon y Maquiavelo estudiaron en Tito Libio y en Tácito, lo que habia sucedido en otros tiempos y paises, para aco-

modarlo á los suyos. Debe estar tambien instruido en la administracion.

Uno de los estudios que mas debe hacer el orador, es el de los discursos de los que le han precedido. Esto tiene la ventaja de dar un tipo de creacion y de lenguaje; pero cúidese mucho de no imitar servilmente. Se puede igualar y aun exceder á un gran orador; pero nunca será imitándolo con ciega servilidad, siguiendo el compás de todos sus movimientos. Un célebre escritor ha dicho: "Que el hombre sea mucho ó poco, todo ó nada; pero que sea él, y solo él." Los discursos de Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, general Foy, son buenos modelos, y no solo deben leerse, sino copiarse y aprenderse de memoria los mejores pasages. Y no se desdeñe, por pueril, este trabajo: Demóstenes copió á Tucídides hasta ocho veces, y bien se deja conocer en lo cortado y enérgico de su diction.

Sobre todo, debe meditarse mucho. Cuanto mas se medita sobre una materia, mas ideas y mas imágenes se encuentran. La cabeza del hombre es como el fuego de la fragua que derrite el hierro, y por último le hace hervir.

Cuando despues de haber meditado mucho, se domina el asunto; cuando uno se encuentra poseido é inspirado, es llegado el momento de decir al discurso formulado en nuestra mente; como dijo Cristo á Lázaro, "levántate y marcha." Este es el instante solemne en que la fermentacion intelectual se revela al mundo, armada como Minerva é invencible como Aquiles. Entonces es cuando se pronuncia un bello y arrebatador discurso. De las cualidades y bellezas que este debe tener, nos ocuparemos en la leccion inmediata.

Gorgias.
Villemain.
Droz.